

Articles

BEGOÑA PERNAS¹

Utopías de la vida privada

Utopia of Private Life

RESUMEN

El artículo recorre la historia de la construcción de la vida privada desde el siglo XVI, con la intención de mostrar que esta esfera está unida, por un lado, a la diferencia entre mujeres y varones, es decir a la construcción del sexo y del género, y por otra, a los espacios residenciales y urbanos tal como los hemos conocido en Occidente. El recorrido permite observar cómo la identidad sexual y la creación de la privacidad son ambas fundamentales para el triunfo de la moral, la idea de la buena vida y la hegemonía de la clase burguesa. Pero también desvela que esa misma cultura se encuentra en descomposición, sin que tengamos elementos suficientes para analizar qué clase de cultura la ha sustituido y cuáles son sus efectos sobre la vida cotidiana y sobre la vida colectiva. Con el triunfo de la esfera privada sobre la pública desaparece, paradójicamente, tanto la idea de intimidad como la idea de política. Con ellas termina también la diferenciación urbana y quizás se hace irrelevante la diferencia entre mujeres y hombres, mientras otros espacios y otras identidades toman el relevo.

Palabras clave: vida privada, hogar, género, política, ciudad, suburbio, cultura burguesa.

ABSTRACT

The article looks at the history of the construction of «private life» since the sixteenth century in order to demonstrate that this sphere is linked, on the one hand, to the difference between men and women, i.e. the construction of sex and gender, and, on the other, to the residential and urban spaces familiar to Western readers. This historical overview enables us to observe how sexual identity and the creation of «privacy» are both essential to the triumph of moral notions, ideas about the «good life» and the hegemony of the bourgeoisie. It also shows that this culture is in decline, although we do not have sufficient information to analyze what kind of culture is replacing it, or the effects of this replacement on everyday and collective life. With the triumph of the private sphere over the public, both the idea of intimacy and the idea of politics paradoxically disappear. With their disappearance, urban differentiation ends, and perhaps the difference between men and women becomes irrelevant as it is superseded by other spaces and other identities.

1 Historiadora. Integrante del Colectivo Mujeres Urbanistas.

Key words: private life, home, gender, politics, city, suburb, bourgeois culture.

SUMARIO

-1. Intimidad. -2. Utopías domésticas. -3. La ciudad de las vidas privadas. -4. La sociedad de los hogares. -5. La sociedad-hogar. -6. Bibliografía.

El presente artículo se propone reflexionar sobre la idea de vida privada que subyace en nuestra forma de habitar. Intentaré mostrar la relación estrecha que existe entre la construcción de la ciudad, tal como se ha desarrollado en Occidente, y la construcción de una esfera privada donde el género, frente a otras determinaciones, se convierte en el rasgo fundamental para explicar el destino humano. La hipótesis del artículo es que la relevancia del sexo de los individuos, típica de la sociedad burguesa, se construye al mismo tiempo que el espacio de las ciudades y se destruye también, en el momento actual, junto con la idea misma de ciudad.

Pero para llegar a este punto, hay que recorrer un largo camino. El paisaje actual de nuestras ciudades no nace sólo de un orden económico, sino que parte de un sentido común, unas ficciones y unos intereses inseparables de la creación de una cultura burguesa, de una utopía de la buena vida construida durante varios siglos y entre cuyas ruinas aún vivimos.

Pues la vida privada, aunque necesitó bases materiales, se construyó primero en la imaginación, y fue proyectada como una promesa en la que el individuo, un nuevo sujeto de la Historia, tendría cabida. Un lugar en el que escapar del yugo de la comunidad, de la presión de la familia extensa, del control del honor y de la fama, de todo aquello que hacía la vida interesante y opresiva en épocas anteriores. Un espacio en el que florecerían virtudes nuevas, como el ahorro o el pudor, y nuevos placeres, tan extraños como la lectura, aunque también nuevas presiones psicológicas antes desconocidas. Como toda promesa, tenía su reverso. Los sujetos tendrían que renunciar alegremente a toda vida pública (no sólo a la política, también a la fama, el honor, o el motín y la revuelta), y dedicarse sólo a producir los bienes que una vida privada cada vez más voraz iba a necesitar. Pero eso es sólo el final irónico de una historia que empieza de otra forma.

Empieza por una pregunta compleja: ¿qué es vida privada? Llamamos privada a la vida que pertenece de propio a las personas por el hecho de nacer, la vida que es por lo tanto común a todos los humanos, aunque cada uno la viva como una experiencia única e incluso solitaria. Una condición que ha sufrido, a lo largo de la historia, una completa inversión en su estatus (Arendt, 1993): para los griegos, privada era la vida «privada» de algo, es decir carente de lo esencial, dedicada a la necesidad y a la repetición, ajena a la verdadera

vida que se escenificaba en la esfera pública, a ojos del mundo, donde era posible realizar discursos o acciones extraordinarios.

En privado se llevan a cabo las actividades de las que depende la vida de la especie: las necesidades fisiológicas, la vida afectiva, la reproducción, el nacimiento y la muerte. Sólo en la época moderna, como veremos, empieza a adquirir la vida privada el prestigio que la ha acompañado hasta nuestros días, uniéndose a las citadas necesidades todos los bienes y virtudes de la introspección y la intimidad: el cultivo del yo y la felicidad doméstica, por ejemplo.

Para el mundo clásico, la esfera privada, como espacio de la necesidad opuesto a la libertad, era el lugar propio de los esclavos y de las mujeres, dedicados por destino a la labor de mantenimiento de la vida. Si tenía algún valor político, se debía a que tener propiedad y familia daba derecho a una existencia pública como ciudadanos, era su condición de partida.

Para los modernos, de forma totalmente opuesta, es en la esfera privada donde las personas pueden ser «libres», es decir manifestar libremente sus diferencias y singularidades. La vida privada aparece como el espacio natural, la reserva natural, diríamos, del individuo. Iguala y diferencia a la vez. Iguala porque es el bien del que todos disponen. Una vez extendida por todo el tejido social, cualquiera que sea la clase social, la posición en el mercado, la filiación política, todos somos iguales en una cosa: tenemos una vida privada cuyo rasgo es que nos permite desarrollar una personalidad propia, una identidad que hoy se considera un rasgo importante de una vida humana.

Mientras que los trabajadores son intercambiables en el mercado, los ciudadanos se agrupan en intereses o facciones, y los individuos se comportan y se definen como masa en la sociedad de consumo, en la vida privada puede florecer la subjetividad y la única diferencia relevante es la generación, es decir la edad, y el género. Una diferencia que se va elaborando y completando, hasta adquirir dimensiones casi monstruosas, a lo largo del siglo XIX, época muy creativa en individuos, que hace nacer infantes por primera vez en la historia y hombres y mujeres con una subjetividad diferenciada, quizás también por vez primera.

El primer momento de esta evolución, que seguiremos de forma muy esquemática hasta el momento actual, se encuentra probablemente en los países bajos, en el siglo XVII, donde una serie de intensas transformaciones sociales impulsan la aparición de una nueva clase de individuos. No vamos a analizar tales complejas transformaciones, pero sí recordar algunas de sus claves: el auge de la riqueza comercial, el prestigio de los notables, la expansión de la espiritualidad protestante, la voluntad de oponerse a los valores aristocráticos y católicos, creando nuevos valores basados en el dominio de uno mismo; la separación, finalmente, del hogar y la domesticación del entorno físico de las ciudades e incluso de la naturaleza circundante.

Intimidad

Para hacernos una idea del mundo que nace en ese momento, nada mejor que recordar a los pintores holandeses (Rybczynski, 1989), en particular a De Witte o Vermeer, cuya fascinación se debe quizás al chocante contraste de su mundo, con, por ejemplo, el mundo de Velázquez u otros pintores católicos contemporáneos. Los espacios de sus pinturas aparecen por vez primera como íntimos y serenos, ordenados, con un solo personaje en ellos, casi siempre una mujer. Mirando sus cuadros, sabemos poco de la posición social de los personajes, y sin embargo sabemos mucho de su interioridad, o al menos sabemos que poseen una. Siempre están actuando, pero no trabajan: cosen, leen, hacen música. Cultivan una vida privada. Se ocupan, aparentemente reflexivas, de sí mismas, desarrollando aquello que es la promesa de una nueva clase social cuya baza es precisamente el orden, el dominio de sí, el ahorro, el conocimiento, la piedad íntima.

Sabemos que el momento es íntimo porque no miran a quien las mira, y porque nos sentimos invadiendo algo que no pertenece a lo público (aunque se muestran sin temor a ser vistas). Pero sobre todo sabemos que es íntimo porque los personajes son mujeres. ¿Por qué mujeres? Estamos tan acostumbrados a la idea de que la intimidad es femenina que la visión no nos sorprende. Pero en aquel momento, la elección es significativa y quizás la única posible. Ante un varón, la interpretación antigua hubiera prevalecido: un hombre escribiendo hubiera aparecido a ojos de sus contemporáneos como un negociante haciendo cuentas, un erudito, o un hombre de iglesia. La determinación social, la posición en una jerarquía externa, y con ella la admiración, la provocación o la burla se hubieran impuesto. Con una mujer se trata claramente de otra cosa, una imagen completamente nueva.

Pues hay que recordar que antes del triunfo de la cultura urbana y burguesa cuyo germen se observa aquí, no existía nada parecido a la intimidad o al hogar. Las viviendas en las ciudades no estaban separadas de las calles, mucho menos del trabajo artesanal o del negocio, y desde luego no estaban vacías: se calcula que en las viviendas de París, por la misma época, podían vivir alrededor de veinticinco personas entre sirvientes, inquilinos, parientes, etc. El dentro y fuera se mezclaba y la fama de una familia, como su devoción, su riqueza o su poder, debía mostrarse a ojos de los demás, revelarse u ocultarse, según conviniera a los intereses familiares y cortesanos.

Los nuevos individuos necesitan una esfera propia, claramente delimitada de la calle, para mostrar que la vida no es un espectáculo que se vive ante los demás, o si lo es, se trata de un espectáculo con un único espectador, Dios, y en su ausencia la propia conciencia, que antes debe ser educada y entrenada en la introspección. Todavía en el Renacimiento, la vida social es un asunto público, que se vive ante los demás, y en que las señales externas de autoridad o presti-

gio (o la limpieza de sangre, o el honor de las damas, etc.) son mucho más importantes para la identidad de las personas que cualquier rasgo personal o psicológico. No hay fuera y dentro, ni una identidad diferente a la apariencia.

Por eso, el individuo nuevo necesita delimitar su espacio, separarlo de la mirada popular o cortesana y a la vez exponerlo mediante nuevas técnicas políticas (entre las que se cuenta la pintura, claro está) para darle realidad y relieve. La nueva clase social se recoge en una interioridad, a la que dota de la personalidad de su propietario, que alberga una nueva idea de comodidad, de riqueza basada en el ahorro y no en el despilfarro, de transparencia frente a la falsa apariencia barroca, de ocupación frente a ociosidad, una nueva dignidad que nada tiene que ver con el honor, de autocontrol frente al control externo, y que construye nuevas alianzas matrimoniales basadas en intereses comunes y no en linajes, así como un nuevo trato con los hijos que empiezan a adquirir un valor específico.

Para universalizar este modelo cuya potencialidad es enorme, hace falta feminizarlo. Las mujeres en el antiguo régimen no se asocian jamás con el orden o la intimidad. O son una muestra, siempre expuesta, de la fama de una familia y de su estatus, o representan, en la literatura satírica, la locura y el desorden. De pronto, una nueva figura entra en la Historia, un sujeto que aparece en su radical novedad. Ahí está contenida la promesa de una existencia interior que se supone más rica y más auténtica, y que abre a la nueva clase burguesa la posibilidad de crear su propia moral y su propia estética, haciéndose sitio en una sociedad todavía señorial y plebeya.

Utopías domésticas

Para continuar con este breve relato de la vida privada, es necesario dar un salto geográfico e histórico y situarnos en la Inglaterra del Siglo XVIII. Para entender este momento, fundamental en la expansión de la utopía, seguiremos el libro de Nancy Armstrong *Deseo y ficción doméstica*. Para la autora, durante el siglo XVIII y XIX se produce en Inglaterra un doble triunfo cultural: el de la novela, y en particular lo que ella llama ficción doméstica, siendo Jane Austen la autora más importante del nuevo género. Y, en paralelo, un nuevo modelo de mujer, la mujer doméstica. Un modelo que se ha ido preparando a través de los manuales de conducta del siglo XVII, que por primera vez en la historia confían a las mujeres el papel de generar orden y paz, aplicando la sensatez a la educación de los hijos y a la economía de los hogares. Según la autora, ambos triunfos son necesarios para que triunfe una moral burguesa que debe afianzar su ascenso económico.

Veamos con ella cómo se comportan las heroínas de Jane Austen, primas hermanas de las custodias de la intimidad de los países bajos: no son hermosas,

no tienen mundo, son incapaces de astucia, son sinceras, estables emocionalmente, leen y escriben y aunque no trabajan jamás están ociosas. Basta recordar la imagen de la feminidad que transmite un libro apenas anterior, *Las amistades peligrosas*, para comprender la novedad de estos personajes. En la corte francesa, que el libro describe y critica, apenas hay diferencia en el comportamiento de hombres y mujeres, sólo la hipocresía impide a las segundas una vida igualmente licenciosa, la sinceridad o el pudor no son valores, pero sí la astucia y la manipulación, la vida transcurre en el juego de mostrar y ocultar, nunca en la transparencia, y el estatus y la fama son mucho más importantes para la identidad personal que cualquier rasgo de carácter.

Las heroínas de Austen son completamente diferentes de los modelos preexistentes y promueven la domesticación de la pequeña nobleza rural a la que pertenecen. Muestran las virtudes de la nueva clase emergente. Por vez primera, una persona no será juzgada por su posición o estatus, sino por los bienes de su espíritu, su sensatez, su conversación, su cultura moderada, su previsión y es ese talento el que les permitirá domesticar a los nobles y privatizar a los aristócratas.

Armstrong explica que se ha producido un doble desplazamiento: con anterioridad la moral, el buen gusto y los usos de una clase superior eran detentados en Inglaterra por los varones de la aristocracia. El desplazamiento consiste en que el baremo moral pase a ser detentado por la burguesía. ¿Cómo hacerlo sin enfrentamiento? Por dos vías: se hace en la ficción y se otorga a las mujeres. Como las mujeres no están marcadas por las determinaciones políticas, la operación no es sospechosa. Las mujeres quedarán así, en el nuevo orden social, apartadas de las relaciones políticas y de las prácticas económicas. A cambio, se les otorga autoridad (en la literatura y en la familia) sobre las emociones, el gusto y la moralidad, que son las formas de la interioridad y del control social moderno.

El segundo gran cambio es que el valor social no se basa ya en el estatus, en la posición por nacimiento de una persona, sino en sus cualidades. El individuo es, teóricamente, un ser que tiene valor político y económico con independencia de su nacimiento, posición, pertenencia territorial u otras determinaciones. La nueva sociedad necesita crear esos individuos indeterminados y literalmente desarraigados para obtener trabajadores, y necesita domesticar las nuevas fuerzas desatadas por la destrucción de los viejos anclajes mediante un nuevo orden, en el que la intimidad va a jugar un papel esencial. Las mujeres (o más bien la relevancia del sexo) tendrá una gran responsabilidad en esta operación. En el espacio público, en la política y en el negocio, resulta evidente que los nuevos individuos no son fruto de sus aptitudes ni seres aislados. Están divididos dramáticamente entre campesinos y ciudadanos, propietarios y obreros, en plebe urbana y burguesía, en facciones y clases.

Ninguna promesa liberal puede salvar el hecho material de las enormes diferencias sociales ni educar de una vez a las masas en la aceptación del nuevo orden. La promesa que se impone a las demás, como generadora de orden, es la utopía doméstica. Una vez más, la portadora de esos valores ha de ser una mujer. Para evitar el enfrentamiento simbólico con la nobleza, en un primer lugar. Una vez incorporados los nobles a la causa doméstica, habrá que extender el mensaje a otras clases sociales.

Las mujeres aparecen, por lo tanto, sin determinaciones políticas, aunque cargadas de nuevos rasgos psicológicos. Las heroínas de Jane Austen no son tanto burguesas, nobles o campesinas, como mujeres. Quizás por primera vez en la historia, la diferencia de género aparece como más importante, más determinante socialmente que la de clase o estatus. De esta manera se consigue una utopía universalizable a todas las personas agitadas y transformadas por la industrialización.

Dicho rápidamente: no todo el mundo podrá ser rico, ni tener poder, ni participar en la política, pero todo el mundo podrá tener al menos una cosa, un hogar, regido por el orden de un ama de casa. Podría decirse que la clase media (un concepto de la sociedad de masas) es ante todo una vida doméstica común, es decir un tipo de esposa común. Mediante el hogar, individuos heterogéneos, con intereses y pasiones enfrentados, encontrarán un lugar en la cultura moderna.

El poder de esta promesa no ha de ser despreciado. El orden social se basa en el orden de los hogares y los precisa para crear individuos constantes y estables. Una cita de Kant puede servir para ilustrar esta importancia y recordar la gran inversión que se ha producido desde la visión griega y romana de la vida doméstica:

La casa, el domicilio, es el único bastión frente al horror de la nada, la noche y los oscuros orígenes; encierra entre sus muros todo lo que la humanidad ha ido acumulando pacientemente por los siglos de los siglos; se opone a la evasión, a la pérdida, a la ausencia, ya que organiza su propio orden interno, su sociabilidad y su pasión. Su libertad se despliega en lo estable, lo cerrado y no en lo abierto ni lo indefinido. Estar en casa es lo mismo que reconocer la lentitud de la vida y el placer de la meditación inmóvil [...] La identidad del hombre es por lo tanto domiciliaria, y esa es la razón de que el revolucionario, el que carece de hogar y morada, y que tampoco tiene, por lo tanto, ni fe ni ley, condense en sí mismo toda la angustia de la errabundez [...] El hombre de ninguna parte es un criminal en potencia².

2 Edelman, Bernard: *La maison de Kant*, Paris, Payot, 1984, pp. 25-26 (cit. por Perrot, Michelle: «Formas de habitación» en Philippe Ariès y Georges Duby: *Historia de la vida privada. Sociedad burguesa: aspectos concretos de la vida privada*, Madrid, Taurus, 1987, vol. 8, pp. 9-12).

El segundo don será una psicología individual, cultivada en dicho orden, es decir, una vida privada. Las nuevas mujeres tendrán que ir desarrollando las técnicas y los rasgos personales de su nueva condición social: un currículum de la feminidad hecho de cualidades, cuidados y regulaciones, para generar los comportamientos civilizados que la sociedad necesita. De nuevo el orden, el ahorro, la moral, serán técnicas domésticas, entrenadas en la ficción, que irán adquiriendo las mujeres no ficticias, renunciando a otras libertades a cambio de un nuevo estatus social y de una forma innegable aunque limitada de poder. El siguiente paso será extender dichos valores a la sociedad en general a través de la caridad primero, de los servicios sociales y sistemas públicos más adelante.

Cuando todos los controles externos (de la Iglesia, la comunidad, el gremio, etc.) están debilitándose y la sociedad sufre los grandes sobresaltos de la primera industrialización, se entiende la dificultad y necesidad de imponer y extender los rasgos de la nueva cultura a las masas. Esta necesidad se observa mejor si de nuevo damos un salto y analizamos un tercer momento, la extensión de la vida privada a las clases populares.

La ciudad de las vidas privadas

Para observar este nuevo cuadro, el del triunfo de la burguesía en el siglo XIX, seguiré el libro de Ursula Paravacini, *Habitat au féminin*, que resume su investigación sobre la vivienda y sus transformaciones durante la industrialización en Francia. En él analiza una nueva transformación: la formalización del espacio privado y la elevación de la familia como única satisfacción de las necesidades de relación de los individuos, frente al mundo de los intereses que puede regir el trabajo y la política.

No nos resultará extraño que sea la mujer burguesa la que adquiere, en este momento, un nuevo papel muy importante en la construcción material y en la hegemonía cultural de su clase. El paso que debe dar para ello es el de patrona a ama de casa. La autora describe las formas de habitar de la primera industrialización, en particular de la industria textil: en esta primera etapa las alianzas entre familias son fundamentales para acumular el capital, hacen falta muchos hijos para asegurar la descendencia y la esposa participa en la gestión de la fábrica: inspecciona los tejidos, lleva las cuentas, negocia, etc. La familia del patrón vive normalmente en la misma fábrica, al igual que los obreros y obreras. Cuando la industria crece y se diferencia la gestión del negocio y la familia, la casa se separa de la fábrica, y la mujer adquiere un papel, que nos resulta más familiar, de representación de clase y de cuidadora del confort y la intimidad de la familia.

De nuevo el género aparece en primer plano, por delante de la clase. La mujer, que no se presenta ya como patrona, sino como madre y ama de casa,

puede ejercer un papel en la transformación de las mujeres del pueblo, a través de la beneficencia. Sus armas seguirán siendo la moralidad y el gusto, motores cada vez más importantes de la vida social urbana y provinciana. Al mismo tiempo, sigue creciendo la importancia de la vida privada y el hogar se llena de nuevas normas y exigencias, higiénicas, médicas, sexuales, educativas. La casa se convierte en el ámbito social más regulado y normalizado, empeñado en hacer desaparecer los rastros físicos del trabajo proletario y en poner las bazas de clase, la inteligencia, la gestión, el control de uno mismo, etc., por encima de las crudas realidades materiales.

Mientras tanto, como relata Paravacini, en los talleres, en las fábricas, o a domicilio, las mujeres obreras trabajan y lo hacen de forma creciente. La autora calcula ocho millones de trabajadoras entre finales del siglo XIX y las dos primeras décadas del siglo XX, una cifra que a partir de ese momento empezará a descender y no volverá a encontrarse en Francia hasta 1980.

La extensión de la vida privada a los obreros empieza por la destrucción de su hábitat. Hasta ese momento, el pueblo vive en barrios densos cuya vitalidad es utilizada en todas las revueltas del siglo. Con el triunfo de la burguesía, en París y en el resto de las grandes ciudades europeas y americanas, se derriban los viejos barrios populares y se crean las infraestructuras que necesitan las ciudades para su nuevo papel de centros financieros o comerciales. La burguesía se traslada a los centros reformados (el París de Haussman) para la representación y confort, mientras que el pueblo es expulsado a los alquileres suburbanos que siguen creciendo con los nuevos habitantes que llegan del campo. Lugares donde, junto con la falta de comodidad y de equidad, surgen también nuevos espacios, patios, corralas, callejones, nuevas formas de sociabilidad y ocio, meriendas y bailes, y formas de ayuda mutua frente a la incertidumbre económica.

La autora explica cómo, en la segunda revolución industrial (las primeras décadas del siglo XX), crecen estos suburbios y el hábitat obrero se aleja de las fábricas, comenzando a crearse ciudades dormitorio en terrenos antes agrícolas y a experimentarse con formas de ciudad jardín, obra de patronos paternalistas o de filántropos, que serán retomadas de forma masiva (y barata) tras la segunda guerra mundial.

Europa se cubrirá entonces de los barrios obreros y de los suburbios que caracterizan el paisaje de nuestras ciudades. Cientos de viviendas iguales, bloques de pisos en el continente, casas en el mundo anglosajón, en propiedad o más frecuentemente en alquiler, que unen las obsesiones burguesas por la higiene y la moralización de los obreros con las exigencias de la construcción en masa y el nuevo papel del Estado.

Pero, además de casas, se extienden las vidas privadas. Rotos o debilitados por la nueva forma física de las ciudades, los viejos lazos vecinales o populares,

la familia, sostenida por el salario familiar, se convierte en el soporte de la vida social, y el hogar en el premio a los trabajadores, ganen lo que ganen. De nuevo se da un desplazamiento que ya nos resulta conocido: el obrero pasa a ser jefe de familia. El género gana otra vez a la clase en la determinación de la vida. Y todos, cualquiera que sea su nivel de renta, tendrán una vida privada sostenida por la habilidad y el cuidado de un ama de casa. Desde finales del siglo XIX, la mujer obrera es el objetivo de la moral burguesa y del salario socialista: devolverla a casa y encargarle, junto con la política natalista, el mantenimiento del orden y la felicidad íntima, mientras adquiere los valores de trabajo y ahorro. Para lograrlo, son fundamentales las presiones, las normas y las campañas higienistas y sociales, pero sobre todo lo son los espacios. La casa cerrada, privada, aislada, donde ella «reina», y donde los usos son prefijados, lo que obliga a adoptar hábitos de limpieza, regularidad, racionalización, etc. Una domesticación que ha sido muy estudiada en el caso de los hábitos con los que se disciplina a los obreros en la fábrica (desde la implantación del reloj hasta la cadena de montaje) e ignorados en el caso de las amas de casa cuyo gran confinamiento merecería una interpretación igualmente política.

La sociedad de los hogares

Pero el sueño de una sociedad hecha sólo de vidas privadas engarzadas débilmente por una trama pública encuentra su momento y su esplendor en Estados Unidos después de la segunda guerra mundial. Para contar este nuevo paso es necesario seguir a otra autora, Dolores Hayden y su libro *Rediseñando el sueño americano*. La autora considera que el género se convirtió en esos años en el eje fundamental de la vida social americana y de su expresión espacial. Para ello, hizo falta una voluntad política de extender un modo de vida a toda la sociedad.

La idea nace de un programa de Hoover en los años treinta que se extiende tras la segunda guerra mundial: de los 80 millones de viviendas censadas en el momento en que la autora escribe el libro, 50 millones son unifamiliares construidos entre 1950 y 1980. Una forma de urbanización que ha definido toda la vida social y política de varias generaciones de americanos.

Se trata de un proyecto con varias dimensiones: por una parte, es una estrategia de americanización de inmigrantes. América cumple así una utopía única en la historia pues en general los visionarios han tendido a imaginar ciudades –y no casas– ideales. En USA se reformuló el sueño de Jefferson de una sociedad de granjeros cubriendo el país, reconvertido en ideal victoriano de casa respetable. En segundo lugar, el proyecto nace del temor a las grandes huelgas de los años veinte y treinta. Se trata de ofrecer a los obreros una vivienda que les haga conservadores, que lleve incorporada una ideología de clase media.

Por último se trata de un regalo a los veteranos de la guerra: de nuevo una sociedad de desarraigados a los que se ofrece la felicidad doméstica, tras sacar para ello a las mujeres de las fábricas, en forma de hogares del suburbio con un ama de casa dentro. No importará el origen, la clase, la renta: todos tienen una vida en todo igual, una vida privada feliz o que debiera serlo, una gran capacidad de consumo que esa vida exige, pues la vivienda suburbial lleva implícito un enorme gasto y un gran trabajo para su sostén, y una vida comunal basada en el reflejo comunitario de las virtudes privadas.

Buenas familias en buenos barrios crean buenas comunidades, una idea importante para la moral americana, cuyo espacio público fue sustituido por la idea de comunidad. Como además los suburbios se segregan por razas y rentas, uno siempre se encuentra entre iguales.

Betty Friedan describe este triunfo del ideal doméstico:

Quince años después de la Segunda Guerra Mundial esta mística de la perfección femenina se convirtió en el centro de la cultura contemporánea americana. Millones de mujeres vivieron sus vidas según la imagen que sugerían aquellas fotografías de las amas de casa norteamericanas despidiendo con besos a sus maridos desde la ventana, conduciendo su furgoneta atestada de niños a la escuela y sonriendo mientras hacían funcionar su nueva encerradora eléctrica sobre el inmaculado suelo de su cocina. Amasaban su propio pan, cosían sus vestidos y los de sus hijos, tenían sus máquinas de lavar y secar funcionando todo el día. Cambiaban las sábanas de las camas dos veces por semana en lugar de una, aprendían a hacer ganchillo y se compadecían de sus pobres madres, mujeres frustradas que habían soñado con estudiar una carrera (Friedan, 1965: 32).

La crisis del modelo surgió de su misma fuerza: tanta igualdad aparente entre los varones tenía que mostrar necesariamente que la diferencia de género se había llevado demasiado lejos. Encerradas en sus hermosas cocinas las mujeres del suburbio americano empiezan a padecer los excesos de la especialización y de la invisibilidad (hipervisible a la vez: nunca una época ha creado tantos expertos en el espacio doméstico ni tantos discursos sobre la educación, la higiene, la alimentación, el sexo, etc.). Aisladas y demasiado acompañadas, por así decirlo, las mujeres americanas descubren la neurosis, el problema que no tiene nombre y que describió Betty Friedan en *La mística de la feminidad*.

La segunda víctima de este proceso fue la vida pública, ya no como esfera de interés político, sino como mero sostén físico a las relaciones entre extraños. La destrucción de las ciudades americanas, el triunfo del suburbio sobre la ciudad mixta y densa, descrito por Jane Jacobs, es otra herencia del proceso de privatización de la vida en el que continuamos.

La sociedad-hogar

Lejos de haberse detenido, la expansión de los suburbios en las ciudades españolas en los últimos quince o veinte años muestra la dinámica del modelo. Las personas se ven impulsadas a vivir en casas unifamiliares o a alejarse de los viejos barrios para obtener una vivienda con zonas ajardinadas porque creen en el ideal de felicidad doméstica y porque confunden la calidad de la vida privada con la aparente calidad de los espacios. El ama de casa, en una sociedad de consumo mucho más avanzada, ya no es necesaria, pero sí lo son los dos sueldos para sostener la vivienda y el confort. Esto unido al deseo de emancipación de las mujeres ha llevado a una sociedad donde el hogar tradicional parece en crisis pero donde, al mismo tiempo, lo privado, en todas sus formas, ha triunfado de cualquier afán, espacio o pensamiento público.

La dicotomía público-privado que ha organizado en gran medida el pensamiento feminista para explicar la diferente posición de hombres y mujeres, parte de un equívoco. Pues el mundo del trabajo asalariado, aunque visible y valioso, pertenece al ámbito de la reproducción de la especie, es economía, y la economía es siempre privada. Lo que ocurre es que su crecimiento en los dos últimos siglos ha sido tan intenso y espectacular que ha desbordado con mucho el ámbito de las casas y las familias, dejando sólo como «domésticas» aquellas actividades que por su naturaleza no podían ser industrializadas. Y en paralelo, las actividades propias de la vida y la muerte, las que atañen a la existencia particular de los seres humanos, han dejado de producirse en la intimidad para convertirse en objeto de las políticas y en gestión de los Estados. Se puede decir que toda la sociedad vive dedicada a la gran tarea del mantenimiento de lo que antes se hubiera definido como privado: la educación, la salud, la vida y la muerte, la sexualidad, etc. Trabajo y consumo son las dos caras de la misma tarea descomunal que ocupa a la sociedad y al Estado.

La ocupa desigualmente: las tareas de mantenimiento siguen en manos de los que tienen menos poder, como en la antigüedad, mujeres y extranjeros. Pero ese reparto y estatus desigual no debe ofuscar sobre el sentido del gran movimiento histórico: la hipertrofia de la vida privada frente a cualquier sentido de lo común o cualquier vida que pudiéramos llamar pública.

Se explica así la victoria de la casa frente a la calle, la importancia del trabajo y del consumo frente a otras relaciones sociales o familiares, la obsesión moderna por el cuerpo, la salud y la alimentación, la privatización de la infancia y de la juventud, la eclosión de las identidades singulares (sexuales, étnicas, incluso corporales), de la psicología y de las narrativas de la intimidad volcadas ante el público, con internet como gran diálogo de sordos puesto que no hay nada común sobre lo que hablar y sí miles de narcisismos asomados a

sus aguas transparentes. La sociedad entera es un hogar, regulado por un padre-madre benefactor que penetra en las zonas antes íntimas, regula cada aspecto de la vida y al que se exige un continuo esfuerzo por aumentar la felicidad de los ciudadanos y evitar el riesgo o la desgracia.

No es de extrañar que el espacio público de las ciudades se degrade, se comercialice o se vuelva irrelevante, no apto para la política y el conflicto, sólo para el consumo. Pues público no es aquello de titularidad pública, que también retrocede, ni aquello que queda fuera de los hogares, puesto que ya no hay dentro y fuera. Pública es una esfera que tiene un sentido que va más allá de la vida de los individuos, que los supera y obliga a dejar los intereses particulares para unirse a otros en la crítica, en la destrucción o en la construcción de la ciudad.

BIBLIOGRAFIA

- ARMSTRONG, Nancy (1991): *Deseo y ficción doméstica*, Madrid, Cátedra Feminismos.
- ARENDT, Hannah (1993): *La condición humana*, Barcelona, Paidós Ibérica.
- EDELMAN, Bernard (1984): *La maison de Kant*, Paris, Payot.
- EHRENREICH, Bárbara y ENGLISH, Deirdre (1990): *Por su propio bien*, Madrid, Taurus.
- FRIEDAN, Betty (1965): *La mística de la feminidad*, Barcelona, Gráficas Sagitario.
- HAYDEN, Dolores (1984): *Redisigning the American Dream*, Nueva York, W.w. Norton.
- JACOBS, Jane (1973): *Muerte y vida de las grandes ciudades americanas*, Barcelona, Península.
- PARAVACINI, Ursula (1990): *Habitat au féminin*, Lausana, Editions Polytechniques et Universitaires romandes.
- PERROT, Michelle (1987): «Formas de habitación» en Philippe Ariès y Georges Duby (dir.) (1987): *Historia de la vida privada. Sociedad burguesa: aspectos concretos de la vida privada*, Madrid, Taurus, vol. 8, pp. 9-12.
- RYBCZYNSKI, Witold (1989): *La casa, historia de una idea*, San Sebastián, Nerea.

Recibido el 6 de septiembre de 2009
 Aceptado el 23 de septiembre de 2009
 BIBLID [1132-8231 (2010)21:11-23]